

“De Mandarines”

(Homenaje a Miguel Espinosa)

Miguel Franco Sánchez, *La hora de mi cita*, Cajamurcia, 1995.

*Escucha y apréndelo. –exclamó la Vejez. Y se dispuso a relatar...*

*Pero el Gran Padre le atajó de esta manera:*

*-Advierte que amanece por segunda vez... Cuando volvamos a esta serranía como pensamos hacer cada cincuenta mil años, te oiremos dichoso.*

*Luego se levantó y cogió su falso hatillo... La Vejez, no obstante, permaneció inmóvil.*

*-Exquisito Cara Pocha... ¿por ventura existirán mandarines dentro de cincuenta milenios? –preguntó.*

*(Escuela de Mandarines. Epílogo II)*

Y ya que hubo referido las andanzas que en buena hora llegarían a quedar perpetuadas en la célebre epopeya titulada Escuela de Mandarines, el vetusto Eremita cayó sumido en un profundo sueño del que vino puntual a despertar justo al tiempo de cumplirse diez millares de lustros.

Pese a sopor tan insólito, recién desperezado resonaban todavía en sus oídos los ecos de las últimas palabras de antiguo dirigidas al errático Gran Padre, único humano visitante de su cueva desde el origen de las eras: “Exquisito Cara Pocha... ¿por ventura existirán mandarines dentro de cincuenta milenios?”.

Advirtiendo el rigor y la flaqueza de sus miembros, demacrados como nunca los notara en su cúmulo de años de existencia, el anciano Eremita sospechó haber dormido durante una eternidad. Encontraba su rostro acartonado y rugoso; sus manos, descarnadas y callosas; su frágil cuerpo, enjuto y abatido. La pelambre canosa de su barba, lacia y sin brillo, se esparcía enmarañada sobre el suelo. Y en la oquedad entullecida del estómago le roía una inclemente picazón, como de hambre jamás antes conocida.

El primer pensamiento del confuso Eremita le postró ante la etérea figura de Azenaia, sabedor de que su sola invocación le colmaría de vigor, al igual que le ocurriera en otros trances. Con la mirada en el vacío y su vocablo balbuciente comenzó a improvisar esta gentil salutación:

¡Salve, sin par Azenaia!

¡Salud, mi amada por siempre

sutil, perfecta, sencilla,

feliz, excelsa, divina...!

¡Adorarte nos ensalza!

¡Loor continuo a ti, noble

pasión, modelo, camino,

razón, ejemplo, destino...!

En sus epítetos estaba el Eremita cuando oyó un fuerte estropicio de guijarros despeñados desde el monte hacia el abismo. Sorprendido e inmóvil, oteó presuroso su inmediato derredor hasta que, al frente, recortada a contraluz en la boquera del refugio, vio acercarse renqueando la silueta de un delgado y solitario caminante, asaz añoso y de melenas plateadas.

Al avistar un peregrino en estas cumbres, inhóspito paraje nunca hollado por ningún otro ser pensante salvo aquel sabio Gran Padre, el perplejo Eremita no pudo reprimir un súbito temor de haber sobrepasado en su letargo el término fijado para el futuro advenimiento que de antaño le anunciara el singular e inolvidable Cara Pocha, y en su duda interrogó:

-Si es que acaso, conforme lo sospecho, pues me cuesta en verdad reconocerlos, sois vos y estáis aquí de nuevo, venerable Cara Pocha, porque en mi sueño, prolongado sin medida, consumiera ya completos los cincuenta milenios convenidos para vuestro

retorno, respondedme conciso a estas cuestiones: ¿Existen todavía mandarines?...¿Perdura la Feliz Gobernación?

-Soy el mismo en quien pensáis y os contesto preciso: ¡Existen, Padre, existen...! - confirmó repentino el errabundo-. Permanecen aún ambos azotes, mas con hartas novedades de las que ahora os impondré cumplidamente si nos quedan alientos, a vos para escucharme y a mí para explicaros.

Dicho eso y extrayendo algunas frutas del zurrón que sujetaba en un costado, el compasivo Cara Pocha compartió los alimentos con su endeble acompañante y, reanimados luego entrambos, se dispuso a detallarle los abusos y desmanes soportados por la gentes allá abajo, en los valles y poblados sometidos al garrote del suceso nominado por sus falsos ditirámicos Feliz Gobernación.

Decrépito, giboso y vacilante, mermado por su lastre de milenios y entornados al reflejo de la luz su par de ojuelos rutilantes, minúsculos e inquietos como dos vivas luciérnagas cautivas en el fondo de sus cuencas, el curioso Eremita se aprestó a concentrarse en el discurso del Gran Padre, induciéndole a narrar con su preámbulo:

-Desde la pura antigüedad, serenado en la paz de este retiro, solo con mi silencio y mesmedad, medito en cuanto pude conocer durante el régimen despótico y tedioso que, inspirado en el orgullo de las castas, engendrara el menosprecio a la equidad distanciando a las personas del congénito sosiego y equilibrio que disfrutaban las cosas iniciales. Vuestra pretérita ascensión a esta caverna os permitió aprender los hechos que lograron distinguirme con el doble apelativo de Heresiarca o de Sumo Criticón de la Autocracia Inapelable. Mas después del gran sopor que me ausentó tantos milenios de cualquiera devenida realidad, me recome ya el deseo de atender vuestra doctísima palabra acerca de esos mandarines que, según decís, perviven a los cambios pregonados.

Entonces el Gran Padre habló sincero:

-Incontables jornadas caminé, luego de ver lo tan a fondo que dormíais, en mi largo descenso de estos altos roquedales. El gozoso espectáculo de cada amanecer, el fluir apacible de los días y el misterio de las noches en esas soledades confortaban mis ánimos conforme retornaba hasta confines sojuzgados por el yugo del engaño y de la premeditación. La concordia de la naturaleza, el ejemplo de vuestras peripecias y el hastío de ficción y demagogia me infundieron una escala de valores que otrora no

alcanzara a vislumbrar. Mi aburrida conciencia de creador de la ortodoxia, saturada de hipócritas consignas y de ciegas disciplinas, resultó al fin liberada de los dogmas imperantes por la gracia de vivencias y emociones que, de mero originales y espontáneas, quizá sonasen raras o rebeldes admitidas en códigos o textos, resultando así extrañadas en tratados y compendios censurados por los clanes de talentos oficiales.

-Por lo que vengo en deducir de cuanto os oigo –arguyó complacido el Eremita- el sedante deambular por horizontes no sujetos al rigor de reglamentos y decretos consiguió avivar entonces, en espíritu sediento de verdades como el vuestro, la llama de razones y certezas denegadas al vasallo de la cínica opresión.

-¡Bien habéis entendido, mi preclaro maestro! –refrendó ufano el Gran Padre, que añadió- Y aún, en el trayecto de regreso hasta llanuras y lugares habitados por hablantes, me fue dado descubrir tan abundantes y costosos Aparatos Oligárquicos surgidos al amparo del Sistema Transigido entre mandones encumbrados por el método de listas intocables y cerradas para el pueblo en una Pretendida Democracia, que un buen día creí urgente enumerarlos a quien fuera el trovador más perspicaz para lograr la fiel constancia de estas nuevas en historias venideras. E intentando reencontrar a ese cronista conocido por las señas de Miguel Espinosa Gironés, afamado narrador de vuestras gestas primitivas, resulté bien dirigido a una Incipiente Autonomía estatuida por las rutas del sureste, con orillas a dos mares y sin límites ni nombre confirmados en los mapas más recientes, pues se andaba en esas fechas negociando su bautismo y sus fronteras por consenso entre mentores de comarcas o cantones y voceros partidistas, componiéndole algún himno e inventándole banderas y pendones que pudieran asumirse como signos distintivos por los unos y los otros gerifaltes, marineros o huertanos, cosa siempre conflictiva entre políticos, y peor siendo vecinos. De las mil y una sorpresas generadas por la clase de flamantes mandarines dedicados, no a buscar el bien común en un país desintegrado, sino a sucias reyertas y a chantajes sin más meta que el secuestro del poder a toda costa, os iré dando detalle cuando sea llegado el turno a cada embrollo...Pero antes de adentrarnos en la trama, hora es de que sepáis algo importante relativo a nuestro ínclito escritor...

El Gran Padre pretendía acompasar su hasta ese punto atropellada exposición. Mas ignorando lo que al poco iba a escuchar, el Eremita, interesado, le alentó:

-Estuvisteis certero al elegir como cantor de vuestras cuitas y experiencias a un cronista de ingenio tan agudo cuan lo es ese finísimo Espinosa, magistral compilador de mil recuerdos que vagaban confundidos por mi ya turbia memoria y al que habríais de volver para contarle...

-He aquí el momento, sufridísimo Eremita, en que debo comentaros implacable el más penoso de entre tanto acaecimiento, por recóndito que os duela... ¡Falleció nuestro juglar! –le espetó escueto el Gran Padre- ¡Se ausentó el glosador! Nos dejó prematuro, sin aviso ni ningún otro consuelo que el legado de sus páginas eternas.

Con pesadumbre en las entrañas, el sensible Eremita quedó absorto en una honda evocación. Sólo al rato susurró:

-Rindámosle homenaje...Mantengamos un espacio de silencio como muestra de respeto a su valor e inteligencia, que bien lo merecieran...Después será oportuno que tratemos de coger de nuevo el hilo del relato, demás apasionante...

Y saliendo de la cueva, se apostaron en la cima de la abierta serranía para allí meditar acompañados del aullido del viento entre los pinos bajo un limpio cielo azul desde el que el alma del cronista seguirá contemplando mandarines hasta el fin de los evos”.